

¿De esperanza
hablan
nuestras
manos?



Por: Juan Carlos Bernal

*En memoria de
Vanessa y Sarita
(María de los Parques)
que sepan que están
en nuestros corazones.*

El por qué de los mapas

En la propuesta artística de los mapas se quiso plasmar el sentido de territorio, donde cada uno de los participantes representa un pedacito de país, con su historia, su vida y su futuro. Se quería resaltar algunas de las historias de vida del grupo participante, sus valores y parte de la cultura en la que vivían, con fotos y objetos representativos, colocados en el mapa al estilo de un collage; pero faltaba algo que los uniera a todos y fue entonces cuando brotó la idea de colocar cada uno su manito, pintada de color, para que todos construyeran la obra.

Ya no se ven las regiones separadas o culturas diferentes, se ve un solo país, una sola nación, donde la esperanza la llevan nuestros niños, niñas, jóvenes, doncellas, adultos y adultos mayores, en sus corazones y mentes. Así nacieron y se hicieron estos mapas.

Los colores escogidos fueron: el verde para mostrar el momento anterior al desplazamiento de los niños; el mapa rojo para simbolizar las situaciones que ocurrieron durante la tragedia; el mapa gris para hablar del instante en que las personas desplazadas llegan a Bogotá; el mapa azul violeta para expresar las formas como construyen sus vidas.

En el mismo sentido, el verde representa el campo y la naturaleza; y sus diferentes tonalidades, la riqueza rural; el rojo simboliza la vida, pero al mismo tiempo el conflicto y la lucha por el territorio. El negro y el gris indican la ciudad, el luto y el desarraigo que implican llegar a un lugar, tal vez desconocido o sin familia; el azul, el violeta y todos los demás colores presentes en este mapa, señalan el futuro, que aunque incierto, está lleno de esperanza.

¿Qué queda en el corazón?

Muchas sonrisas, muchos abrazos, muchas canciones, el compartir al arrullo de una hamaca, pantalones y camisetas salpicadas de pintura y las voces de niños y niñas que no conocíamos y que poco a poco se van convirtiendo en nuestros hijos. También queda la certeza de que Dios está en cada persona, en cada uno de ellos, guiándoles y protegiéndoles.

La importancia de las historias de vida

Recuerdo que al plasmar mi historia de vida y verme reflejado en algunos relatos de los estudiantes, empecé a buscar esos recuerdos de mi infancia, mi adolescencia, mis profes, compañeros y mi familia, que me habían marcado, llenándome así de alegría y muchas enseñanzas al transcurrir este grandioso caminar. Es un ejercicio que vale la pena repetir y que todos deberíamos hacer de vez en cuando.

Reitero, como en otro momento lo dije: “No todo en la vida es trabajar, trabajar y trabajar”. Hay que detenerse a escuchar a nuestros niños y niñas. Escuchar el canto de las aves, el correr de un claro manantial, la voz de nuestra amada y la de nuestros hijos y, por qué no, escuchar la voz de Dios, sea cual sea nuestra religión.





Hay que hablar con el mendigo, con el que vende en los buses o pide una moneda para alguien de su familia que está en el hospital y necesita un medicamento, hablar con el que llega desplazado y necesita una mano amiga.

¿Por qué no compartir un café, un pan o un delicioso helado con uno de ellos? ¿Por qué el miedo? ¿Por qué pensar que son mentiras lo que nos dice? ¿Será que cuesta dar una sonrisa, un abrazo, decir una palabra amable?

Al leer otras historias de vida y ver mi propia historia, no solo es importante destacar esa capacidad para salir adelante ante la adversidad y que hemos llamado resiliencia, sino hablar aquí de la necesidad o de la capacidad de perdonar, que todos debemos. Ahora que se comienza a hablar de humanizar nuestros colegios y nuestra ciudad, y de la política del amor, ¿por qué no también hablar del perdón y del amor al enemigo?

¿Qué veo en los mapas?

Las manos de unas personitas maravillosas que he empezado a conocer, veo los colores de la vida, del campo, de la ciudad, de la cultura, de la escuela. Aunque aún sigan faltando muchos colores, veo a mi país, algo pequeño, pero a la vez inmenso; veo a mi ciudad indiferente; pero qué extraño, veo que a la vez tiene

algo de amable, de acogedora y hasta siento que me abraza. Me veo a mí mismo con mis luchas, mis alegrías, mis sueños, mis rabias, mis desvelos y canciones de antaño, mis dudas y deudas. Que no me alcanza, que no moleste, que no grite, que estudie, que más tarde, que no se preocupe, que deje así, que Dios le bendiga; frases que o bien he escuchado o dicho y que no dejan de resonar en mi mente.

Y en la escuela

En estos mapas veo una escuela. Una escuela a la que le falta mucho, pero tiene demasiado. Veo múltiples esfuerzos, pero varios se pierden. Una escuela llena de frustraciones, pero a la vez colmada de ilusiones. Abierta al cambio pero cerrada para muchos. Veo escuelas rodeadas de verde y naturaleza, pero qué gran dilema; otras solo circundadas de asfalto y tierra. Veo una escuela azul, verde, roja, amarilla, tricolor, y todavía no la entiendo. Será que son como las mujeres, que no se trata de entenderlas sino de amarlas.

También veo niñas y niños llenos de alegría, de sonrisas, de corazones puros. Unos tiernos, otros bruscos, pero todos llenos de vida. Los veo jugando, cantando, peleando por una colombina o un lápiz pero dándose la mano al final, deseando



conocer el mundo. Veo en sus miradas la cara del amor, de la inocencia. En en sus manos, la mano amiga, la mano que un día construirá grandes proyectos. Veo la mano que acariciará a sus hijos tiernamente, a su amada, veo algunas manos sucias, pero no de corrupción, sino de trabajar, de labrar la tierra.

Y es por eso que quiero ver manos unidas, manos generosas, manos dispuestas a compartir y dar más que un pan o una limosna. Quiero ver manos que lleguen a 70 u 80 y más años, llenas de recuerdos gratos. Quiero ver corazones y personas felices y en paz, que cuando se acerque la hora de la muerte no tengan miedos ni dudas. Quiero ver en la eternidad que hemos dejado un paraíso y que hemos hecho bien la tarea.

Estoy aquí

Estoy aquí un domingo soleado y esplendoroso, al lado de una ventana desde la que se observan los cerros de Suba, donde pasé muchos de los mejores momentos de mi infancia y de mi vida escolar, deseando que quien lea algún día estas líneas se haga muchas preguntas y las pueda responder, y que pueda disfrutar con su familia y sus esfuerzos. No olvido algo que leí en algún libro: “toda labor tiene su fruto”. Esta es la invitación para todos los que creen que podemos hacer de nuestras instituciones, colegios y universidades comunidades de paz, de equidad, de justicia y de amor. Son voces del alma que desean ser compartidas sin pretensiones, sin afanes, tal vez al lado de un buen amigo, de un bello atardecer, comiendo un helado o simplemente cabalgando por las nubes y las praderas de un nuevo mundo.

Es que uno tenía como los elementos pedagógicos pero la curaduría ayudaba a que uno tuviera un concepto. Empezó a darle el concepto a cada uno de los elementos que uno los veía de alguna exposición, pero que era interesante porque es el concepto de la memoria, de los recuerdos, la forma como tienen colores nuestros sentimientos. De esta obra de arte me parece, yo quería valorar algo muy bonito, que lo que él decía, ponerlo en un parque, como en medio de la sensación de peligroso. Es interesante en el sentido en que cuando algo se puede volver peligroso es porque pasa algo con él, y lo de las fosas es una denuncia, es una denuncia gráfica de una situación, con el tema ahí lúdico, es una denuncia.

Entonces, en términos generales, yo espero que esto no culmine únicamente en este espacio sino que haya la posibilidad de vincularse a otros espacios. Es importante en términos simbólicos donde fue, digamos, la génesis, dónde se produce la primera unificación. ¿Pero qué pasa más allá? ¿Esta obra cómo se comporta en espacios comerciales, en espacios anónimos, espacios públicos? Esas son otras cosas que va a empezar a generar. La obra no ha dicho todo lo que tiene que decir.